



EL GRAN FRACASO

Por Ada Albrecht

Esta es la breve historia de un joven —en la década de 1930—, que durante toda su vida, se dedicó al estudio de la filosofía. Fue célebre por su enorme erudición. Perteneció al grupo selecto de pensadores de la talla de Xavier Zubiri, y hasta llegó a ser uno de los grandes discípulos de Ortega y Gasset. Con el arqueólogo Károly Kerényi exploraba las misteriosas ruinas griegas. Federico —que tal era el nombre del joven de nuestra historia—, se unió con él en más de una expedición arqueológica, impulsado por el sueño de encontrar, tal vez, oculta entre las piedras de algún ruinoso templo, alguna señal, alguna vieja tablilla que pudiera darle luz a sus investigaciones sobre los viejos filósofos. Cumplió ochenta años en un pueblo del mediterráneo. Su vida estaba en el ocaso. Tenía los ojos habitados por grandes rascacielos de letras. Su mente era un volcán en ebullición intelectual y la lava de juicios racionales se derramaba ardorosa a los costados de sus laderas, ahogando con sus especulaciones al solitario reducto donde se escondía temeroso de tanta erudición, su pobre discernimiento. Po-

cos años después, Federico abandonó su cuerpo físico mientras navegaba en un barco rumbo a un isla del Egeo.

Hijo querido, como te darás cuenta, esta es la historia de una desdichada criatura humana que, como millones al paso de los siglos, buscan el oro de la sabiduría cavando denodadamente con el pico de la ceguera espiritual en las laderas del viento, al cual suponen montaña abundante en metales y gemas preciosas. No tomes tú también la pala de tu intelecto para buscar tesoros en la nada. Las investigaciones de tu mente tienen el límite del universo. Tú debes buscar unirte; tú debes re-descubrir Aquello que lo trasciende. No descargues tu responsabilidad de Ser sobre las espaldas de Platón, de Sankara, etc. Los viejos filósofos trataron de enamorarte del camino, pero nunca te dijeron que andarían por ti la senda de la auto-realización. Infórmate sobre todo lo vertido intelectualmente por los grandes investigadores, pero no te detengas en ello. Si en ti prima el deseo de saber sobre el deseo de Ser, estarás perdido. Ser es amar. Amor y Ser trascienden el conocimiento. No te quedes tú en este último. Por si no lo sabes, éste puede llegar a ser el más grande de los fracasos.

La criatura humana que duerme a la sombra del conocimiento es como aquella que se guarece de la lluvia tratando de no mojarse bajo la red de un pescador. Ella no puede cubrirlo, e inexorablemente quedará a merced del agua. No pidas a la

arena del desierto que te dé la gracia del fruto. Busca el Jardín donde se alza la gloriosa rosa blanca de la Verdad Suprema, y no entretengas tu vida pidiendo claridades aurorales al desdichado abismo que sólo conoce de sombras.

¡Atrévete a hacer un vacío total en ti, atrévete a desalojar la casa de tu intelecto de los innumerables huéspedes que te envían las grandes bibliotecas, y en tal proporción, en tal multitud, que suelen no permitirte ver la gloria del alba!

Tanto temor tiene el ser humano al vacío que prefiere llenarse de nada, esto es, de búsquedas intrascendentes; prefiere cualquier otra fantasía disfrazada de sabia especulación, antes que descubrir la Presencia de Dios en su corazón. Porque la Presencia de Dios habita en él, y sólo el escepticismo, la indiferencia, el desamor y la desatención niegan la posibilidad de descubrirlo; posibilidad que no es susurrada, sino proclamada a viva voz —porque casi nadie la escucha—, por los Avatares y sus enseñanzas.

Hijo mío, no seas un Federico más. No busques afuera lo que clama por ser descubierto dentro de ti mismo. Confía en las Grandes Enseñanzas. No reniegues de ellas. No digas “yo no puedo”, “es mucho para mí”. Vístete con la túnica de la humildad que ni asegura ser el Sol del mediodía, ni tampoco la sombra de medianoche. Tal vez por eso la vistieron los santos como símbolo del alma entregada a Dios nuestro Señor, rosa

blanca de verdad, única Meta señalada por los Grandes de Espíritu.

No temas, no seas “esclavo de la duda” si no quieres marchar inexorablemente hacia tu perdición. Estás en una caverna: la de la ignorancia de tu esencia. Si quieres salir de ella, ve hacia la luz. Si no lo haces tropezarás una y otra vez en mares de sombra. Si quieres emerger de esa caverna, ve hacia la salida de la misma. Si no crees en ella, esto es, en la salida, perderás la posibilidad de conquistar una conciencia emergente. Quedarás en la “Selva Especulación”, “Selva Curiosidad”, esclavo del simio Apego Intelectual ahogado en mares de letras.

No sé qué religión profesas, por eso te recuerdo que hinduismo, judaísmo, islam, cristianismo, taoísmo, etc., todas ellas te hablan de ofrendar la mente a Dios, de entregar el corazón a Dios, la Divina Realidad.

No hagas oídos sordos a esto, no quieras ser superior a Cristo, a Moisés, a Krishna o a los grandes santos como Tukaram o San Francisco de Asís. Es oscura la noche de nuestra ignorancia, y si anhelamos salir de ella, hemos de alumbrarnos con la antorcha de la Fe en Dios, la cual nos ha de señalar el Verdadero Camino. No la arrojes a un costado de tu sendero, no te arropes con los efímeros atuendos que te alcanza la mente. Al final te morirás de frío. Que la Devoción a Dios sea tu brújula en tu largo peregrinaje hacia la Luz.

...y no te unas a los innumerables Federicos que pasaron por la Tierra. El fracaso total de un ser humano es haber perdido el Timón de su Barca; sin ese Timón el naufragio es seguro. Así pues, aférrate a él, aférrate a Dios, aférrate a la Devoción, y podrás salir de la caverna, podrás abandonar la gruta, podrás hallar tu puerto, tu Verdadero Hogar, tus Alas inefables.

Del libro Guía para la Vida Divina, Ed. Hastinapura
